



*....Me la jugué toda para vivir sin miedo*

del libro

**SEMBRANDO VIDA**

*JOVENES A CONTRAPELO DEL CONFLICTO EN COLOMBIA*

DE ADRIANA HERRERA

## “ME LA JUGUÉ TODA PARA VIVIR SIN MIEDO”

“Empieza a vivir y empieza a morir de punta a punta,  
Levantando la corteza de su madre con la yunta,  
Empieza a sentir y siente la vida  
Como una guerra”  
*Miguel Hernández*

El día de la entrevista de Bryan<sup>1</sup> fue un 14 de noviembre. Estaba cumpliendo 18 años y llevaba 20 días en Benposta. Pedirle que contara su historia no fue sencillo porque era remover en él la sensación de que "en cualquier lugar donde uno está hay alguien averiguando cosas", pero consintió en hacerlo por lo que pudiera servir para otros, no sin advertir que le preocupaba "que de pronto la cambiaran", y sin dejar de pedir que en ella le pusieran otro nombre "por cualquier cosa", aunque acababa de hallar un lugar donde podía decir sin aprensión cómo se llamaba en realidad.

Sólo un par de semanas antes de cumplir la mayoría de edad pudo comenzar a vivir como corresponde a un adolescente y empezar a olvidar el tiempo del miedo constante, la sensación de que siempre habría "alguien dispuesto a joderlo", y de que sobrevivir era cuestión de no confiarse nunca. Ahora que han quedado atrás las experiencias que vivió en la guerrilla, en la cercanía del paramilitarismo, atezado por el ejército, en la correccional y en la cárcel, al fin puede descansar y hacer lo que un muchacho de su edad, en cualquier otra parte del mundo, habría hecho: estudiar tranquilamente.

### “Me deserté”

A las diez de la mañana, un segundo antes de que Bryan se sentara a la orilla del camino, no tenía ni idea de lo que se iba atrever a hacer. Llevaba cuatro largas horas andando en un desplazamiento entre Mesetas y el Castillo. En el instante en que se sentó, fue como si al cansancio que traía de la marcha, se le sumara de un solo golpe todo el peso de sus dos años de vida en la guerrilla. Entonces se dijo: “Estoy aburrido”, como si por primera vez reconociera plenamente lo que no podía haberle demostrado nunca a nadie allá, para no convertirse en sospechoso.

Levantó los ojos y vio cómo la gente pasaba y pasaba y mientras los miraba alejarse le pareció que una voz interior le decía: “Tiene que salirse de aquí” y entonces, algo en él, irrefutable, instintivo, detonó: “Me maten o no me maten, me la juego”, se juró. Sin pensarlo más se dirigió al grupo de diez guerrilleros que conformaban su responsabilidad de milicia y les dijo que siguieran, que él iba a descansar un poco. Cuando pasaron los últimos muchachos del frente le pidieron: “Esté pendiente de la retaguardia”, y él, con el radio a su cargo en las manos, respondió: “Listo, después yo los alcanzo donde hagan la parada”. En el instante

---

<sup>1</sup> Nombre que se dio a sí mismo durante la entrevista.

en que los perdió de vista, se dijo, todavía incrédulo, pero con una convicción que brotaba desde la médula de los huesos: “Me deserté”.

Entonces bajó el equipo, puso encima el fusil y dejó todo a la orilla del camino. Echó a andar pensando que no había cogido nada de "ellos" salvo la pistola y el radio que le servía para irse reportando: “La retaguardia está bien, estamos bien” decía de tanto en tanto mientras andaba a toda la velocidad que sus piernas soportaban. Descendía la ladera atisbando el filo de la montaña por donde pasaban. Era más fácil mantener la comunicación porque ellos estaban en lo alto y él en lo bajo. En medio de la huida tenía claro que sólo iba a llevar con él la pistola hasta que llegara a un lugar seguro y que entonces la dejaría. Pensó que retendría con él la correa y un “flash”<sup>2</sup> que probablemente nadie recordaría que estaba en su poder. Hacer ambas cosas: devolver el alma y guardar un objeto de prueba consigo era la única manera de proteger su vida en caso de que algo llegara a suceder.

Un par de horas después se comunicó por radio con el grupo a su cargo y de un sopetón les dijo que se devolvieran “por las cosas” porque había desertado. El muchacho que lo escuchaba sólo atinó a balbucear: “Espere habla con el comandante”. Entonces él pasó y le preguntó: “¿Qué es lo que está diciendo?” “Es que me aburrí —le explicó—. Fue una experiencia, pero yo no quiero seguir en esto”. “No cometa esa locura, usted va bien acá y no ha tenido problemas”, insistió el comandante. Bryan replicó: “Pues problemas no he tenido, pero lo que quiero es irme a estudiar y a trabajar, hacer mi propia vida”. Insistió en que había dejado el equipo porque no quería perjudicarlos y que podían recogerlo. Entonces el comandante le respondió: “Qué se le va a hacer: usted ya desertó”, y entonces Bryan se atrevió a pedirle que por favor no se metieran con su familia. El comandante respondió, seco: “Usted es el del problema”. Bryan sabía entender el “piérdase” y le reafirmó que ya estaba muy lejos. Acababa de entrar en San Juan de Arama.

Buscó una casa donde sabía que podía dejar la pistola para que se la entregaran a la guerrilla, sin decir nada más que era un encargo; fue a donde alguien que conocía y se cambió por ropa de civil. No despertó sospechas porque en el último año vestía así para su trabajo de guerrillero urbano: era “financiero” en Medellín del Ariari, encargado de recoger cada mes dinero entre la población y de “mantenerse pendiente de la gente”. Ya lo distinguían y le tenían respeto como representante de la guerrilla. Algunas personas acudían a él para arreglar “asuntos”: un sueldo no pagado, una deuda pendiente...

Ya de civil, sin perder un segundo se puso en contacto con un conductor de buseta y le pidió que les llevara el radio a Mesetas. Era cuestión de hacer las cosas de tal modo que se “fregara” lo menos posible. Algo que significaba actuar velozmente y no descuidar ninguna precaución para aumentar al máximo sus posibilidades de supervivencia. Escaparse equivalía a declararse condenado a

---

<sup>2</sup> Un detonador de minas.

muerte, pero tenía presente que si el comportamiento anterior había sido ejemplar y la disciplina no había dejado nada que desear —como era su caso— había al menos alguna lejana posibilidad de que le perdonaran la vida en caso de que lo agarraran. Desertar llevándose un arma, por el contrario era prueba de que se huía con intención de comprometerse a colaborar con el Gobierno y en ese caso ningún atenuante podía impedir el fusilamiento si por desgracia el desertor se dejaba coger.

En el trayecto de San Juan de Arama a la terminal de buses de Villavicencio vivió lo que dicen que sucede a los ahogados antes del último estertor: vio la película de sus 17 años de vida. De atrás para adelante, de adelante para atrás, mientras en su mente se confundían las voces de las explicaciones que habría podido darles a los comandantes, con el diálogo interno de que estaba ahí, sin plata y sin saber qué hacer. En ese instante se tocó la correa militar como quien palpa una prueba de la que todo depende y descansó. Pensó: “Me voy a presentar a la Policía para que ellos me ayuden con alguna cosa, cualquier cosa”, y entonces comenzó a hilvanar las palabras con las que contaría su historia una vez se entregara. Luego, se distrajo con el traqueteo del bus sobre la carretera y volvió a recordar las razones por las cuales había terminado en la guerrilla.

#### **“Quería cobrar venganza”**

Tiempo atrás, cuando iba andando hacia los territorios de la guerrilla, Bryan pensaba en una sola cosa: el rencor que sentía contra el ejército. “Quería cobrar venganza y desquitarme de ellos”, admite.

En el bus se acordó de ese 14 de noviembre en que cumplía catorce años y había salido huyendo de Arauca, a donde a su vez había llegado en busca de posibilidades un año atrás. En el trayecto entre esa población y El Castillo sólo pensaba en estar lo más pronto posible en el refugio de su casa. No quería saber nada más de conflictos, pero cuando llegó a la finca donde había nacido, lo primero que oyó fue que uno de sus hermanos se había ido al monte con la guerrilla. El hecho era ése y le produjo la sensación de que no había a dónde ir porque la guerra se adentraba en todas partes.

Encontró a su madre lamentándose del camino que había cogido ese hijo que era el segundo que se le iba, vociferando contra las malas lenguas que decían que el primero —de quien ni ella misma tenía noticia— también se había ido con la guerrilla, y confesándole al fin a Bryan que el problema había empezado cuando la gente de la comunidad lo había acusado de robar ganado porque andaba con unos muchachos que ya eran reconocidos por “ese vicio”. “Como nadie quería darle trabajo, mijo —le dijo— él, por desesperado, se enganchó con esa gente”. Bryan decidió que lo mejor era marcharse a otra parte de la región a trabajar: limpió potros, arregló cercas, arrió ganado y al cabo, cuando pensó que todo estaba más calmado, se arriesgó a volver a la finca de su mamá.

Allá cumplió quince años, pero “no encontraba modo de vivir, para salir era un problema por la vaina del ejército, de los paramilitares, de todos”. Sentía que

sobre ellos pendía una amenaza por el asunto de su hermano, hasta que finalmente, el día menos pensado ocurrió lo temido: el ejército llegó a la finca y lo cogieron a él y a otro hermano.

*Había ocurrido un enfrentamiento por ahí cerquita y nosotros estábamos trabajando limpiando una cerca y andábamos embarrados. Acabábamos de llegar a la casa cuando ellos —los soldados— entraron y empezaron a interrogarnos, que a dónde estábamos, que qué estábamos haciendo, que por qué estábamos así de sucios, y a decir: “Ustedes son guerrilleros”. Nos cogieron, nos amarraron las manos atrás y nos sacaron de la casa. Mi mamá lloraba y les pedía que no nos llevaran, pero igual nos subieron a la montaña. Allá nos pegaron culatazos y nos dieron pata y todo. Nos hicieron tortura psicológica. Yo les decía que si nos iban a matar que nos mataran de una vez, pero que no nos hicieran esa tortura de amenazarnos y les advertíamos: “Si morimos, morimos sabiendo que nosotros no estábamos con la guerrilla, si a ustedes les hicieron algo que les dolió desquítense con la gente que se los hizo y no con nosotros, con los campesinos que estamos trabajando”. Ellos decían que teníamos pinta de guerrilleros y que por qué estábamos mojados. Nosotros les explicábamos que estábamos cargando alambres, que habíamos sudado y que ellos sabían que en los bosques uno se empuerca<sup>3</sup>, pero no nos creían.*

*Mi mamá no se quedó llorando. Se alistó y se fue para Medellín del Ariari y de allá llamó a la Cruz Roja y a la Defensoría del Pueblo y empezó a decir que se le habían llevado dos hijos de ella de 15 y 17 años y que creía que nos estaban maltratando. Mientras tanto nosotros seguíamos en el monte. Ellos nos sometieron a esa tortura de decirnos que nos iban a matar, a volver pedazos, y nos tuvieron dos días amarrados. Nos botaban la comida como si fuéramos marranos. Luego nos subieron atados a un helicóptero y en el aire seguían amenazándonos: “Ustedes se van a morir”. Nos decían que confesáramos, que dijéramos lo que sabíamos, dónde teníamos las armas, y nosotros: “¿Cuáles armas si lo único que tenemos son por ahí las peinillas<sup>4</sup> con que trabajamos?”. Menos mal al otro día llegó la Cruz Roja y ellos ya dijeron que nos tenía una cuadrilla del Tino Vargas y los de la Defensoría pusieron una demanda y les decían que por qué no nos entregaban sabiendo que éramos civiles. Entonces el ejército nos entregó, pero nosotros ya quedamos muy aburridos como para volver a la casa. Ahí fue que empecé a tomar la decisión de irme para la guerrilla, ahora sí de verdad.*

Lo que los soldados que los torturaron desconocían era que si Bryan había regresado de Arauca ese 14 de noviembre no había sido para colaborar con la guerrilla, sino justo huyendo de la persecución que ella había desatado contra los amigos con los que había “empezado a distinguirse”<sup>5</sup>, sin saber en qué andaban metidos. A esa población había llegado porque la hermana, que era secretaria de

---

<sup>3</sup> Se ensucia.

<sup>4</sup> Machetes.

<sup>5</sup> “Distinguir” a alguien es una expresión muy utilizada en el campo para referirse al entablar una relación de conocidos con alguien.

la Alcaldía, le ofreció darle un estudio que acabó desaprovechando para terminar medio involucrado —no supo nunca a qué horas— en un asunto de “venganzas callejeras”.

Todo comenzó cuando los amigos comenzaron a convidarlo: “Oiga, Bryan, vamos a una fiesta, fresco que nosotros pagamos todo” y él iba, entre admirado y curioso, preguntándose de dónde sacaban tanta plata. A veces les preguntaba y le decían: “Camine, que eso no interesa”, o una historia que no se comía del todo, pero que le tranquilizaba: “Es que los papás de nosotros nos dan plata”. Él aceptaba la cosa así no más, y se decía que al fin y al cabo, pasaban buenos ratos y que todo era para su bien. En el grupo había muchachos de 13 a 17 años.

No pasó mucho tiempo antes de que descubriera que andaban armados. Alguna vez trató de averiguarles, pero ellos evadían la respuesta. A “lo último”, uno de los del grupo lo llamó aparte y le contó que antes habían estado metidos en el consumo de droga, pero que después los paramilitares los habían llamado y habían dejado de consumir, para que los contrataran como ayudantes. “De pronto —le advirtió el amigo— la guerrilla lo ve con ellos y lo jode<sup>6</sup>. Mejor trate a ver si puede retirárseles, antes de que lo involucren más”. El trabajo que hacían era espiar en el pueblo quiénes eran auxiliares de la guerrilla.

En esos días la situación se complicó en Arauca: *Uno no sabe quién es quién. Está hablando por ahí con cualquier persona y realmente no sabe con quién está hablando, porque hay guerrilla urbana y civil, y los muertos corren por cuenta de la guerrilla, de los paramilitares, y no faltan las bandas atracadoras. Allá si alguien le debe plata a una persona, ella va y contrata a los “paras” para que le hagan el trabajo de cobrar y el que debe, sabe que si no paga, lo matan.*

En el año en que estuvo en esa población las masacres se multiplicaron: por venganzas políticas, por plata, por rabia... Aburrido de eso y con miedo de acabar tirado por ahí en cualquier lado, el día en que se fue del pueblo salió porque sabía que no había otra forma de alejarse de los amigos con los que se había metido, aunque nunca participara con ellos en sus “trabajos”. La guerrilla empezó a matar a los muchachos: un día bajaron<sup>7</sup> a dos, al otro día amenazaron a otros que eran compañeros del colegio donde estudiaba y que estaban vinculados “a eso de los paramilitares”.

*A la primera muerte de los amigos de mi grupo sentí mucho miedo. La noche en que mataron al muchacho amigo mío, en la troncal que sale de Arauquita a otro pueblo, me habían convidado. Yo les dije que no podía ir porque mi hermana me había prohibido salir, pero que si necesitaban algo pasaran por la casa. Ellos me dijeron que no fuera gallina, que cómo me iba a dejar mandar de una hermana, y se fueron. Al otro día llegó la razón de que en tal parte habían matado a fulano. Le dispararon sólo a él y a algunos de los otros los cogieron vivos, los amenazaron y*

---

<sup>6</sup> Lo mata.

<sup>7</sup> Mataron.

*los dejaron ir. Cuando supe le dije a mi hermana que me devolvía para la casa. Era el día que cumplía catorce años.*

Así, se había venido huyendo de la guerrilla, para terminar pensando que necesitaba “cobrar venganza y desquitarse de los soldados”. Un mes después del incidente con ellos, se fue a un frente guerrillero, impulsado por ésta y otras “razones”. Ahora, pasados dos años, ya no tenía ganas de hacerle daño a nadie, sino urgencia de salvarse a sí mismo.

### **De las razones al cerco de la muerte**

Antes de irse al monte, Bryan había pensado que andando por ahí solo no estaba seguro y que además, en la guerrilla podía confiar más que en el ejército, “porque así es en el campo”. Quiso asegurarse en medio de la violencia, y se acordó de un muchacho de la vereda que le había contado que se iba a enrollar allá, y le dijo que lo contactara. Durante treinta días le dio vueltas a su decisión en medio de un cúmulo de sensaciones que entremezclaban la nostalgia, la venganza, y la confusión de una guerra en la que, quisiera o no, estaba metido. Al fin, le dijo al muchacho que se entraran juntos a la guerrilla. Unas semanas después de haberse marchado supo que la mamá se había ido a trabajar lejos, a otro lado, aburrida de vivir ahí, desesperada de ir perdiendo los hijos, uno a uno. El hermano mayor también se iba a marchar, pero no se decidió porque tenía mujer y niños y le dijo a Bryan: “Aunque me maten acá en la casa, yo no me salgo”.

Mucho después, cuando recordara las razones por las cuales tomó ese camino admitiría sin ambages que los jóvenes de ambos sexos también se iban porque se enamoraban de otros que se decidían por la guerrilla, y entonces buscaban la forma de estar juntos.

*A mí también me pasó por eso: yo me enamoré de una chica y ella se fue para allá antes que yo. No es que se hubiera ido por respeto a la guerrilla, sino porque en el campo, donde hay conflictos armados, uno está entre todos los fuegos y entonces, por el trato que la guerrilla tiene con la gente, uno se siente como respaldado y comienza a cogerles confianza y se va. Yo pensaba mucho en ella, y me imaginaba la cara que pondría cuando me viera allá.*

*Es mentira lo que dicen de que ellos se llevan obligados a los jóvenes: uno se va porque quiere; si estuvieran obligados no habría nadie allá porque todos se volarían, por cualquier cosa desertarían y a la guerrilla eso no le sirve, pues entonces ya se miraría como un ejército como el que hay en el país, donde muchos entran a la fuerza y eso les crearía problemas con las familias de los muchachos.*

*Yo me fui por el amor de ella, y por el rencor hacia el Gobierno por lo que nos habían hecho. Allá me encontré con la china que yo quería. Manteníamos juntos, pedimos permiso y nos dejaron acostar. En un campamento cada uno tiene su pareja desde que lo autoricen. Eso depende del comportamiento de uno con ella y del trato con todos, de la disciplina, y la responsabilidad, eso miran. Porque si uno*

*comienza a andar con una y con otra, entonces le ponen problema y le dicen que con una o con la otra y que respete, y también le advierten que si se llega el día en que toca separarse — por razones de la guerra—, pues listo, se separa sin rencores y nada más. Pero primero están viendo a ver cuál es la responsabilidad que uno tiene de vivir en grupo o con una pareja. Ellos le llevan una hoja de vida y hacen una evaluación semanal.*

*A mí me dieron el permiso porque yo estaba muy pendiente de ella y de todo. Semanalmente nos hacían una revisión personal para controlar enfermedades o embarazos. Algunos meses les cambian de dispositivos a las mujeres o las llevan a tratamiento... Con ella llevábamos un año y yo había sido destinado a un cargo en la población civil, y la tenía bien, porque cuando uno está en los pueblos le dan sus cosas: que una grabadora, que lo del aseo, y entonces le llevaba lo que necesitaba.*

*Al año de estar allá la trasladaron. Ellos hacen esos cambios porque hay frentes que tienen poquito personal y entonces lo sacan de los que tienen más gente. Con ella salieron diez más y yo seguí trabajando. A ella le dio duro separarse de mí y estaba aburrida, aunque como era una norma aguantar la separación no tenía más remedio que aceptarla, y además manteníamos comunicación porque ella manejaba el radio y por eso nos hablábamos así a distancia. Pero pasaba el tiempo sin verla y eso me aburría también. Luego empecé a sentirme cansado y enfermo, pero uno sabe que no puede mostrarle a nadie el aburrimiento. No lo hice hasta que me deserté.*

### **Eso no es vida para uno**

*El primer año fue así: yo llegué allá y duré quince días con trato bueno, y a los quince días comencé a recibir entrenamiento militar. Había hartos muchachos y muchachas de mi edad. Entonces ya nos metieron al manejo de armas y a la formación de cosas ideológicas. Ellos todos los días reúnen al personal y le dan charlas a las ocho de la noche. Hablan de qué es lo que hay que hacer, de cuál es el trato con la población civil o con un prisionero, y dan lo que llaman capacitación política. Esa capacitación es de pronto para manejar bastante lo que es la política y no dejarse del enemigo. Enseñan que si uno se viste de civil y sale al pueblo y se encuentra con un policía que comienza a interrogarlo, tiene que saber salirse de esa trampa. Entonces se aprende el modo de responder todas las preguntas y más que todo, eso es la política. Nos dicen que si a uno lo cogen con hechos tiene que aceptarlos tratando de involucrarse lo menos posible y que si, por ejemplo, lo agarran con armas, debe pedir que le respeten la vida; pero que si no le encuentran armas lo que tiene que decir es que sólo es un campesino.*

*Yo vi las ejecuciones de los infiltrados. Ellos mismos confiesan. Un muchacho que entró conmigo se dejó caer porque hizo intento de homicidio. Iba a cumplir el trabajo que le habían impuesto, que era matar a un comandante y desertar de allá. Es que uno tiene un cargo y debe ser muy cuidadoso en eso porque aunque no lo crea hay mucha gente infiltrada tanto en la guerrilla como en el ejército. El comandante se mantenía despierto, y decía: "Yo me cuido porque hay infiltrados;*



*no sabemos quiénes son, pero sí los hay". Él no se quedaba en la cama en que se acostaba: a lo que se dormía la gente, se pasaba a dormir a otra parte y esa noche el muchacho se levantó y levantarse está prohibido porque los guardias están pendientes de que nadie lo haga. Un relevante lo vio, pero no lo llamó, ni nada; se puso a ponerle cuidado. Él llegó a la sombra de un palo, y sacó la pistola y metió el tiro donde creía que estaba el comandante. Pensó que estaba ahí, pero no era así. Entonces le hicieron la investigación y él después confesó que era de la Fuerza Aérea. Le hicieron Consejo de Guerra y lo mataron. Esos fusilamientos son públicos, están todos formados ahí. Es así: alguien comete una falla, y lo sacan al frente y ahí decide el personal de acuerdo al delito en que haya caído, porque antes de entrar uno a la guerrilla le leen un reglamento para que sepa a qué atenerse. Los delitos que son para pena de muerte son: intento de homicidio, ser infiltrado, escaparse...*

*Yo participé en varias campañas: en la toma de Miraflores y en la toma de la Uribe. En la primera más que todo estuve fue en el cordón de seguridad, afuera, esperando que no llegara el ejército; en la segunda sí entré en el grupo de asalto. Me asusté, sentía miedo, pero cuando empezaron a sonar tiros de lado y lado tuve que controlar los nervios, no ponerle casi cuidado a las balas y ubicarme adelante. Los comandantes sí tienen la idea de que un día se van a tomar el poder, pero esas tomas las hacen para quitarle fuerza al Gobierno porque mueren soldados, o cogen prisioneros de guerra y eso es pérdida para el Gobierno y ganancia para la guerrilla.*

*De todas formas creo que el manejo que le está dando la guerrilla a los prisioneros es mejor que el del ejército, porque cuando los soldados cogen a un guerrillero lo primero que hacen es molerlo a pata, a culata y todo eso; mientras que un guerrillero no puede hacer lo mismo. Yo estuve cuidando a un prisionero en el frente. Uno tiene que darles lo mejor, la comida es primero para ellos, no importa que no haya para uno. Eso por la opinión internacional y porque es una manera política de ganar espacio y de hacer entender que la guerrilla no es lo que dicen. Aunque sí hay ocasiones en que ella coge y patea y mata, pero eso ya es diferente porque lo hace sólo con los paramilitares. Nos enseñan que a ellos sí es a darles duro porque ellos no respetan a nadie, no respetan ni siquiera a la Cruz Roja, ni a la Defensoría del Pueblo. No les importa sino matar y cobrar su plata; en cambio la guerrilla respeta su código y el ejército está haciendo lo mismo.*

*Después del asalto a Miraflores éramos 15 guerrilleros cuidando 55 de los soldados. Eso a lo último ellos se adaptan a uno y uno a ellos, según cómo se manejen. A veces uno los suelta y pueden andar por el campamento haciendo actividades con uno. Ellos duran un tiempo ahí... Las zonas de distensión se han ganado por los prisioneros de guerra. Ellos eran los soldados que las madres estaban reclamando. A mí me daba duro verlas por televisión, pero sabía que yo no podía tomar determinaciones, que estaba cumpliendo órdenes y que si dejaba que alguno se volara tenía que responder hasta con la propia vida. Esas son las cosas. A mí me dijeron varios que los dejara volar, pero eso no lo podía hacer.*

*A la guerrilla no le interesa persuadir a los soldados porque eso es un riesgo pues nunca va a saber si la intención es desquitarse. Yo creo que la paz está difícil así hagan acuerdos el Gobierno y la guerrilla, porque no se ponen a ver todos esos niños por las calles aguantando hambre, por ahí, sin trabajo, sin estudio, sin familia, y porque ahorita en el país lo único que da plata es estar con los paramilitares, entonces todo se va cundiendo de guerra y no hay paz. Tal vez si en lugar de tanto diálogo buscaran darle trabajo a todas esas personas para que pudieran tener un sustento de vida y ganársela honestamente sería diferente...*

*De todos modos, cuando cumplí los dos años allá no aguantaba más. Es que uno vive esa experiencia y cree que porque tiene un arma no se le puede acercar ninguno o se cree superior, pero a la vez uno mantiene mal: todos los días privado de la libertad, todos los días con miedo de que lo maten, y sin poder visitar a la familia, y sin derecho a decir nunca: “Me voy”, porque lo joden. Entonces, empecé a pensar que yo quería tener como un futuro y eso fue lo que me fue llevando a la decisión de desertarme. Todavía yo siento algo por la novia que tenía, pero me toca olvidarme, porque ella está allá y yo no sé si va a tener la misma decisión que yo tuve, o de golpe tenga el coraje, pero sí me gustaría que encontrara un mejor modo de vida porque estar allá es algo que no se lo desea a ninguno, es peor que estar en la cárcel: uno tiene que vivir cuidándose de todo el mundo, y tiene que olvidarse de todo. Tomar esa decisión es meterse en algo que no es vida para uno. Es que es muy berraco<sup>8</sup> estar entre las armas.*

*Yo miraba cómo morían compañeros de parte de nosotros y del ejército. La primera vez que uno dispara ve que caen personas y eso es un fuerte impacto para uno. Pero gústele o no le guste hay que tener un control de manejo del arma, recordar que tiene al frente al enemigo y que si uno no le dispara, él sí va a matarlo. Es berraco disparar... pero después yo lo olvidaba. A uno le hacen la terapia de decirle: “Ellos le mataron a un compañero y usted les mató a alguien. Haga de cuenta que no pasó nada”. Eso es una forma para que uno no se amargue.*

*Yo me decidí también por eso, porque a mí no me gusta ver morir a otro sin poder hacer nada más que matarlo sin ninguna meta. Eso no lo lleva a nada a uno: matar por matar porque el país está en guerra. Claro que allá muy poco se entiende eso y el que entiende de pronto lleva algo de ventaja —aunque el otro esté ganando— porque ya uno se pone a mirar que si uno mató a un muchacho del ejército, también le pueden matar a alguien de la familia o a uno mismo y que así como siente la familia del soldado, la de uno igual. A mi hermano lo mataron a los ocho meses de combate y claro, me dio duro, sentí mucha angustia. A él lo bajaron en un pueblo que se llama Los Alpes. Entonces uno se pone a mirar y reacciona. No quiere saber más de eso.*

## **Sin refugio**

---

<sup>8</sup> En el contexto “berraco” significa duro, difícil. Cuando se usa como calificativo de una persona y no de una situación, su sentido es “valiente”, “arrojado”, capaz de enfrentar cualquier cosa.

Ahora Bryan estaba al fin en la terminal de Villavo y era como si ese futuro que quería tener dependiera de la correa militar y de un “flash” que se había guardado pensando que podía ser una prueba porque servía justamente para reventar minas. Calculaba lo que iba a pasar, con la esperanza de que al entregarse a las autoridades iba a encontrar el refugio que había estado buscando de una a otra parte, en medio de un mundo desarticulado. Sentado en una banca de la terminal, sin una muda de ropa, sin un centavo, sin nadie a quien acudir, tuvo conciencia de que ese andar dando tumbos había comenzado para él el día en que a su padre se le había acabado la vida. Tenía menos de tres años y entonces no entendió nada distinto a su ausencia.

Había crecido bajo el sino de una violencia que no acababa de entender y que sin embargo, definía la vida, la muerte y el curso de los días. Su papá subsistía cultivando una finquita cafetera con una familia de siete niños que iban saliendo adelante hasta que la guerrilla organizó unos paros en las veredas de los alrededores de El Castillo y todos se vieron obligados a salir. El ejército contraatacó haciendo retenes para impedir el paso de la gente. Justo ese día llovió tanto que los ríos se crecieron, y como su padre sabía que los niños y la mujer se habían quedado solos en la casa estaba angustiado por lo que pudiera sucederles. Entonces, se devolvió por su cuenta y cuando intentó cruzar el río, la corriente lo arrastró y lo golpeó hasta dejarlo sin sentido y en la mitad de la vida se ahogó.

No obstante la siembra de café, quedaron desamparados porque un hombre de la región engañó a la mamá con la producción y no les dejó nada. Entonces algunos de los hermanos mayores enfrentaron la “obligación de salirse a buscar modos” para ayudar a levantar a los tres menores que se quedaron en la casa. Se fueron a Puerto Rico. A esa población era que emigraba la gente de los alrededores cuando no tenía nada, cuando la urgencia de desvararse sólo llevaba a una salida: vender coca. “El movimiento” —la guerrilla— controlaba las operaciones. Les tocó quedarse allá un tiempo trabajando en cultivos, y durante el lapso en que todavía no conseguían nada para mandar a la finca, los pequeños pasaban hambre. Se mantenían a punta de panela, platanitos y arroz, y a veces, sólo de agua de panela. Con el primer giro que enviaron los hermanos hicieron “una remesa” y la mamá tasaba los alimentos para que les duraran.

Sólo meses después, cuando levantaron el dinero suficiente para pagar los impuestos que se debían y la parte de la finca que estaba pendiente de cancelar, los hermanos regresaron a sacar adelante la parcela<sup>9</sup>, que de nuevo comenzó a producir y fue cuando empezaron a sembrar pasto. Pero tampoco entonces la guerra los dejaba tranquilos: uno de ellos, de apenas 10 años, se había ido y nunca lo volvieron a ver, salvo Bryan, quien, no obstante que no recordaba su imagen, supo que andaba al fin en los frentes guerrilleros y lo buscó cuando él mismo se enroló. En un par de encuentros fugaces y escasos pudo familiarizarse

---

<sup>9</sup> Pequeña porción de tierra.

con el rostro de un hermano que durante muchos años fue sólo un nombre en labios de su madre.

Desde la terminal Bryan llamó a la Cruz Roja, les dijo que venía de la guerrilla, que tenía 17 años y se iba a entregar a la Policía y que por favor estuvieran pendientes de su caso. Esperó hasta el anochecer para presentarse. Era un gesto de precaución que revelaba cómo había aprendido a “asegurarse” antes de actuar. Se repetía las palabras que le habían dicho: “Nosotros le cumplimos y no le faltamos” y respiró aliviado cuando los vio; no se imaginaba que pasarían meses antes de que pudiera sentir que la muerte no lo acechaba en cualquier parte, antes de que dejara de creer que del lado menos pensado podía provenir el golpe y de que encontrara algún lugar donde el miedo no fuera un latido persistente. Cuando llegó al cuartel de la Policía y dijo que venía desertado y necesitaba ayuda, no le creyeron. Él insistía en que los dos objetos que llevaba eran la prueba. Le preguntaban que por qué “no se había sacado el fusil ni nada más” y él sólo acertaba a responder que había guerrilla a la salida y que sólo venía a entregarse para que le ayudaran. Al fin lo llevaron a la SIJÍN, donde comenzaron a investigarlo.

No dio la información que le pedían. No tenía intención de ir a “sapear cosas de allá” porque no quería poner en peligro a su familia. La Cruz Roja presencié la investigación y no lo obligaron a “hablar ni nada”. Como no tenía papeles —se le habían perdido en el paso de un río—, lo mandaron para un examen a medicina legal, y a partir de ese momento “empezó el viacrucis” porque lo notificaron como mayor de edad. Entonces, para su sorpresa le dijeron: “Listo, pues si usted dice que es guerrillero, camine a dónde tiene que ir” y lo encalabozaron: “Me echaron para la cárcel de Casa Blanca aquí en Villavo porque pensaron que yo tenía 19 años. Entonces yo me puse aburrido, porque yo había ido era a entregarme y a pedir ayuda”.

### **La cárcel: el destino es raro**

El guardia que lo llevó a su celda tuvo la consciencia suficiente de buscarle el compañero menos peligroso que se le ocurrió. Era un hombre de 32 años que estaba preso hace cinco y todavía le quedaba una condena de diez por pagar, pero lo reconocían porque permanecía ajeno a la delincuencia que adentro bullía. Le dijo: “Aquí le traigo este muchacho que viene de la guerrilla” y él se quedó mirando su rostro de adolescente, sus ojos oscuros marcados por el estado de sostenida desconfianza, el gesto de quien sabe que el acecho no da tregua y dijo: “Es un chino. Déjemelo aquí que yo sé cómo manejarlo”. Ni esa noche, ni las siguientes, le preguntó mayor cosa. Se limitaba a compartir con él sus objetos, estaba pendiente de él porque “le daba vaina que fuera menor de edad” y le advertía que debía tener cuidado allá porque “si uno no le cae bien a alguien, lo joden”.

Como a la semana comenzaron a hablar. Fue él quien empezó. Le dijo que lo había recibido en la celda para protegerlo y le contó su historia y le pidió que no desconfiara de él. Bryan supo entonces que “por la pobreza y para salir de ella” a

los veinte años se había metido con los paramilitares porque le ofrecieron seiscientos mil pesos mensuales aparte de los “trabajos individuales”. Era de Urabá, pero cayó en Villavo pues durante un operativo lo hirieron, lo cogieron y lo metieron a la cárcel.

En él confió, le contó que era desertado. Fue él quien le advirtió que no se le ocurriera decirle eso a nadie más porque era peligroso hacerlo; le recomendó que cuando no tuviera claro con quién estaba hablando dijera que venía por hurto, por homicidio, secuestro, por cualquier cosa, menos asuntos políticos, y le señalaba quiénes eran confiables en la cárcel. De todos modos, ya Bryan “se había soltado” hasta cierto punto con algunos compañeros que venían de la guerrilla.

*“Vivía pendiente de lo que hablaba con todos esos muchachos, de no dejarme caer con ninguna palabra porque sentía que muchos me estaban poniendo cuidado a lo que hablaba, y no me atrevía a decir que me había aburrido con la guerrilla, que había desertado. No confiaba: durante ese tiempo, pues yo me negué, cuando me preguntaban ¿Usted por qué viene?, entonces yo les decía que por rebelión y que me habían cogido. Me daba miedo porque había mucha guerrilla y si decía me mataban. Entonces me dijeron: “Ah, listo. Aquí cualquier cosa que necesite, de aseo o lo que sea, nos dice a nosotros y nosotros le ayudamos”. Yo pensaba que en el momento en que me descubrieran me mataban y le pedía al fiscal y a los de la Cruz Roja que por favor no dijeran, que no fueran a pasar por televisión ni por ningún medio de comunicación los interrogatorios. Entonces yo me cambié el nombre allá, no di el nombre mío a los compañeros de la cárcel. Ellos me llamaban por ese nombre. No Bryan, sino otro. Allá, cada vez que llega una persona nueva, si viene por la guerrilla o por los paramilitares, ambos le dicen: “Aquí estamos nosotros y acá nos toca luchar unidos contra la delincuencia”.*

La verdad de su situación no la supo irónicamente sino un paramilitar, porque frente a él, Bryan sintió que tenía idea de “quién era”, y se le olvidó que “había aprendido a odiar a los paramilitares”. Él y su compañero se ponían a pensar que los dos venían de una guerra que los había envuelto sin que nadie entendiera ni cuándo ni por qué había comenzado y menos a dónde iba a parar: se ponían a “ver” a donde habían ido a caer y hablaban de que tanta rabia que se habían tenido allá, para venir “los dos a mirarse las caras” y decían que así era el destino de raro que ahora les tocaba convivir juntos.

En el día los sacaban por ratos de las celdas. Cada vez que había una pelea el miedo le revolvía el estómago. Ocurrió una insurrección entre los internos y los guardias la contuvieron a bala. Vio matar a dos muchachos a los que éstos les dispararon. De nuevo tenía la angustia de estar privado de la libertad, de que lo estuvieran vigilando y una carga que no había sentido en la guerrilla: la compañía de delincuentes comunes, de ladrones, de la gente enviciada con la droga. En los frentes esto último era algo tan prohibido “que daba para fusilación”<sup>10</sup>, si es mucho

---

<sup>10</sup> Fusilamiento.

y si el que está en eso no pone cuidado”. En la cárcel vivió también el miedo a ser violado, aunque había muchachos muy buena gente que le decían “cómo era la vida allá”, y que debía evitar estar solo.

Llevaba muy poco tiempo preso cuando el fiscal le dijo que por lo menos iba a estar cinco años por sedición, pero que no iba a pasar de ese tiempo, que eso era lo máximo que iba a estar allá y que después saldría... Aterrado, apenas lo dejaron llamar avisó a una amiga de su casa para que le hicieran las vueltas de los papeles. Nunca imaginó que podría sentir tanto descanso mirando un simple documento de identidad como el que sintió el día en que al fin le llevaron el registro. Presentarlo bastó para borrar de un solo trazo la extensión de la pena impuesta. Duró dos días más después de escuchar que decían: “No, este chino es menor de edad”, antes de que lo remitieran a la correccional. Había estado 20 días de 24 incontables horas en la cárcel.

### **“Al fin me gané la confianza”**

En la correccional algunos se dieron cuenta de que había desertado, porque oyeron un comentario de las directivas, pero ya no le daba tanto miedo porque “eran pelados de la misma edad que no tenían mucha experiencia y no manejaban casi lo que es”. Se defendía: “Yo les expliqué a los directivos que venía desertado, pero en realidad yo fui cogido, sino que dije eso para que no me tuvieran tanto tiempo”. La desconfianza de Bryan era tanta que aunque se hizo un amigo que estaba allí en su misma situación y le contó la verdad, nunca llegó a decirle su nombre verdadero.

En la correccional duró cinco meses. Sin importar que también estuviera privado de la libertad, o tuviera que vivir en medio de drogadictos y eso lo hiciera sentir mal, no tenía tiempo para lamentarse: era pensar en unos meses de prisión en lugar de cinco años. Empezó a estudiar como nunca lo había hecho en toda su vida, día y noche, incesantemente, con una constancia que llamó la atención de la directora de la correccional, quien había atendido el pedido de que le dejara hacerlo.

A veces, cuando se daba un descanso, Bryan se acordaba de su infancia, cuando lo que menos le interesaba era estudiar. Vivía en los ríos, pescando con anzuelos. La vida —sin importar los días de hambre, la muerte incomprensible del padre, el éxodo de los hermanos buscando “modos” para que todos pudieran sobrevivir, el paso de ejércitos de uno y otro lado— era juntarse con otros, olvidarse del mundo entero pescando en las orillas del Acalá, o bañarse hasta el cansancio en sus aguas tumultuosas. A veces se escapaban de la escuela para irse al río, aunque casi siempre Bryan se sujetaba a su horario: de ocho a doce estudiando —sin mucha gana—, a medio día andar al cultivo a llevar el almuerzo a los hermanos, caminando bajo el sol media hora de ida y otra media de regreso. Cuando estaba ya de ocho o nueve años, seguía yendo a la escuela en las mañanas, sin poner mucha atención y en las tardes trabajaba en la agricultura. Descerezaba el café: lo echaba en la máquina para quitarle la cáscara y lo ponía en los tanques para fermentarlo y sacarle la baba.

Cuando terminó quinto no volvió a la escuela, como muchos otros de sus amigos, entre otras cosas porque los profesores les pegaban con regla, y se “pasaban” con los que molestaban o no eran aplicados. Desde los doce años se dedicó completamente a trabajar en las fincas. Su familia, para poder salir adelante, le ayudaba a los vecinos y ellos les pagaban, cuando se podía, o les devolvían a su turno el trabajo. En esa época Bryan se ganaba de cuatro a cinco mil pesos por jornal. Guardaba una parte, pero a los pocos meses, tal vez cansado de una vida que era sólo trabajo de sol a sol, comenzó a salir con otros muchachos que ya bebían cerveza, a gastarse el dinero jugando billar y desde los trece años se mantenía “calle arriba y calle abajo” cuando no estaba trabajando en el campo. Al año de andar en ésas, mientras oía que la gente le recordaba que él era de buena familia, tuvo que hacer un alto. Fue cuando se marchó a Arauquita. Nunca más después de haber salido huyendo de esa población volvió a una escuela.

Ahora, durante las tediosas horas de la correccional, sentía que le pesaba todo ese tiempo desperdiciado y, como si quisiera compensar el descuido de entonces, se volcó en el estudio con un interés redoblado. En menos de lo que canta un gallo hizo sexto y séptimo, con tal entusiasmo, que la gente que estaba a su lado lo tomó como un asunto propio, no le dejaron “dar un paso atrás” y en seis meses aprobó esos dos años escolares. Un logro que de alguna forma otros muchachos presos y las mismas directivas de la institución compartieron como propio.

Cuando pasó los exámenes la gente comenzó a apoyarlo a tal punto que hablaron con el Bienestar Familiar<sup>11</sup>. *Ellos dijeron: “El chino es juicioso y quiere estudiar. Ya cumplió el tiempo que tiene que estar aquí y quisiéramos que lo llevaran a una parte donde pueda estudiar mejor, donde tenga un buen ambiente. Él no tiene ningún problema de droga, él quiere estudiar”. Entonces Bienestar Familiar me mandó llamar y yo fui y me dijeron: “Hay dos opciones. Le damos libertad asistida en un hogar sustituto o se va para Benposta”. Yo escogí venirme aquí porque ya me habían dicho cómo eran las cosas, y todo lo que me brindaban. Es algo que le agradezco a la directora de la correccional. Ella creyó en mi, me apoyó, me recomendó mucho, me ayudó a conseguir lo que yo necesitaba: libros, cosas así. Estudiar fue la forma de ganarme no sólo la confianza sino este cupo en Benposta.*

### **Una manera de vivir bien**

*En Benposta entré a octavo y el primer día me encontré con unos amigos que yo distinguía desde muy pequeño porque son de mi vereda. Ellos se habían formado acá y ya están haciendo carreras universitarias. Hay una muchacha que está estudiando enfermería y la hermana ya se casó, pero también creció aquí. Ellas son como familia para mi, y me recibieron, me dijeron: “Pa’qué, usted es*

---

<sup>11</sup> Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, ICBF. Esta entidad tiene convenios con Benposta y gira recursos para la manutención de los niños. En este sentido constituye un importante apoyo estatal.

*afortunado porque aquí va a estar bien”. Ellas y los demás me brindaron mucho apoyo.*

En Benposta Bryan ha encontrado al fin un lugar donde puede decir su nombre verdadero, donde no tiene miedo de no saber “quién es quién”, ni de ser asesinado por sus propios compañeros; donde justo ahora, que es mayor de edad, empieza a vivir como el joven que nunca pudo ser y, donde estar interno equivale a vivir protegido sin sentirse aprisionado. Lo que le interesa es estudiar y se ha dedicado tanto que lo han felicitado. “A pesar de que soy nuevo —afirma con una tranquilidad reciente en él— ya me adapté a la comunidad, al personal”.

Le llama la atención el manejo de la gente, la disciplina, la experiencia de ver cómo se distribuyen responsabilidades y se aplican sanciones, sin que sobre nadie penda la amenaza de un tiro... Consecuencias como hacerse cargo de la limpieza o perder la salida del fin de semana son suficientes para decidirse a cumplir. Tal vez el mayor alivio sea la ausencia de un ojo vigilante, la posibilidad de llevar la vida entre los mismos chicos y chicas, de dirigir sus propias Asambleas, “sin que haya alguien detrás de cada uno”. Le gusta participar en las reuniones, poder expresar los problemas que ve y hacer propuestas para cambiar lo que es necesario cambiar. Valora ese espacio donde se habla de las cosas en las que cada uno falla, cuando entre todos buscan corregir los errores. Todavía no le han dicho nada de los que él comete, quizá porque habiendo pasado lo que ha pasado le es mucho más fácil estar atento.

Para Bryan, el cambio es claro: *“Aquí no se manejan armas, mientras que en la guerrilla sí; aquí no permanece uno amenazado ni mantiene con esa psicología de que toca estar preparado porque en cualquier momento llega el Ejército... Aquí hay que estar atento es a las evaluaciones del estudio, y al comportamiento en la comunidad; uno no vive en la subversión ni rechazado por el país. Aquí hay protección para todos. Me gustaría que la muchacha que yo quería pudiera tener una oportunidad así... Benposta también es muy distinto de la correccional: no hay nada de droga, no se mira tanta pelea; hay disgustos, pero eso es normal, y en los veinte días el cambio ha sido tan total que me he amañado. Lo único que pienso es en terminar el bachillerato y ver cómo puedo entrar a la universidad. Me gustaría estudiar Derecho.*

*En la correccional estaba “perdido” de la guerrilla, pero ahora estoy aquí y ellos ya lo saben. Sé que podrían buscarme, aunque a mi familia le dijeron que no tuvieran miedo de que de pronto a ellos les pasara algo, pero que yo sí no podía volver a la región por protección mía. Es que a uno no lo van a dejar regresar sin hacerle nada, porque tienen que mandar ese informe de que se voló. Todavía siento algo de temor, pero a la vez, pienso que en cualquier parte donde uno esté si se ha de morir se muere. Yo creo que le perdí el miedo a la muerte desde la mañana en que me deserté. Yo dije: “Me toca dejar el miedo, disfrutar los días que tenga para vivir y sacar algo, y ojalá que el día que me maten se den cuenta que no estaba haciendo nada malo”. Ya no quiero dejarme llevar por el rencor contra el Gobierno,*



*ni por las ideas de la guerrilla, ni por los paramilitares, sino buscar una manera de vivir bien. Para eso fue que me la jugué toda.*